



REVISTA YUCATECA DE ESTUDIOS LITERARIOS

LA IMAGEN DE LA MUJER EN LA NOVELA HISTÓRICA DE JUSTO SIERRA O'REILLY

Rocío L. Cortés Campos

UADY / Universidad Autónoma de Yucatán

Resumen

Justo Sierra O'Reilly utilizó muchas veces el recurso de los estereotipos para presentar, en sus novelas, personajes preconcebidos. En este caso, el presente ensayo se propone como objetivo identificar las características más destacadas de los personajes femeninos estereotípicos, como por ejemplo "la doncella", "la matrona" o "la heroína", tan recurrentes en las novelas de Sierra O'Reilly.

Palabras clave: Novelas, Yucatán, Sierra O'Reilly, Mujeres, Estereotipos

Abstract

Justo Sierra O'Reilly frequently employs stereotypes to depict specific characters in his novels. This essay identifies and explores the most salient characteristics associated with female stereotypes, such as "the maiden", "the matron", and "the heroine", who are recurrent in Sierra O'Reilly's novels

Key Words: Novels, Yucatan, Sierra O'Reilly, Women, Stereotypes

Introducción

Uno de los escritores decimonónicos más reconocidos del sureste yucateco fue Justo Sierra O'Reilly. Su obra se divide claramente en tres áreas principales: el ensayo, el periodismo y la novelística. Sus novelas (las cuales firmaba con los seudónimos de José Turrisa o Tomás Isurre y Ara), pertenecen al llamado género folletinesco (publicadas por entregas en periódicos). Sierra O'Reilly escribió cinco novelas históricas: Doña Felipa de Zanabria, El filibustero, Los bandos de Valladolid, El secreto del ajusticiado y, la más famosa de todas, La hija del judío. Todas ellas aparecieron durante los años de 1841 a 1850 en alguno de los periódicos que el propio Sierra O'Reilly fundó: El Museo Yucateco, El Registro Yucateco, El Fénix. Su obra ha sido analizada por diversos estudiosos que han reconocido la trascendencia de su trabajo en las letras mexicanas (Abreu Gómez, 1987; Aldaba, 1993; Castro Leal, 1982; Esquivel Pren, 1975; Peniche Vallado, 1987; Sierra, 1960).

En la literatura de Sierra O'Reilly se aprecian ecos importantes de su época: el incipiente liberalismo mexicano, la crítica a la política central y el clero, así como también deja ver su muy marcada opinión acerca de la etnia maya yucateca, a la que dedica amplios espacios en su ensayo Consideraciones sobre el origen, causas y tendencias de la sublevación de los indígenas, sus probables resultados y su posible remedio, editada después bajo el nombre de Los indios de Yucatán. Pero más allá de sus aportaciones en el ámbito político, en este trabajo se pretende estudiar la forma en que presentaba algunos de los personajes a los cuales confiere dotes y vicios típicos de los estereotipos de la novelística internacional del siglo XIX. Sierra O'Reilly no escapa a la tradición.

Los personajes de su novelística histórica se caracterizan por la presentación de estereotipos: el villano, la doncella, el héroe y otros tantos implicados en la trama que cumplían roles predeterminados llevando consigo virtudes y defectos que están implícitos en el papel que les fue otorgado. Por ejemplo, de la dama se prevé dulzura, castidad y vulnerabilidad con respecto al villano, que generalmente la rapta y que también tiene que luchar con el héroe, que pretende liberar a la doncella. Ahora bien, en el caso de los personajes de Sierra O'Reilly, éstos condensan la suma de los consejos y enseñanzas que el escritor quiere hacer llegar al lector; son ellos los portadores, especialmente en La Hija del Judío, del mensaje que el novelista dirige a su auditorio al narrarle las peripecias y sufrimientos de dos amantes cuya unión parece imposible debido a un destino adverso al que no pueden combatir, así como los escarmientos y recompensas que reciben los "buenos" y los "malos".

Tipos: los personajes de la novela histórica de Justo Sierra O'Reilly

El análisis de estas figuras elementales toma importancia en tanto que la carga que los personajes llevan dentro de sí, sea ésta moral, política o de cualquier otra índole, se basa en las costumbres de la sociedad yucateca no sólo de la época colonial, periodo al que hace referencia su novela histórica, sino también del siglo XIX, tiempo de Sierra O'Reilly. Además, la literatura localista de este escritor llega a caracterizarse incluso por los personajes; tenemos el caso de los piratas de Campeche presentes en *El Filibustero*, los cuales resultan elementos representativos de la historia colonial de esta entidad; aunado a que, según señala el narrador Sierra O'Reilly, muchos de los personajes no fueron inventados, sino que pertenecieron a la realidad histórica que se relata; el Conde de Peñalva es el mejor ejemplo.

Los personajes de la novelística histórica de Sierra O'Reilly, como de la mayoría de los autores contemporáneos a él, son "típicos" del romanticismo debido a las situaciones en que los escritores comúnmente los sitúan, así como las conductas que caracterizan a la mayoría de los personajes creados por esta corriente. Las ineludibles figuras de héroe, villano y doncella no pueden faltar en la creación novelística de Sierra O'Reilly. En ella existe un Conde de Peñalva, un Luis de Zubiaur y, por supuesto, la sufrida y triste hija del judío, doña María Álvarez de Monsreal; igual que ocurre con otras novelas decimonónicas de corte internacional, específicamente europeas, las cuales manejaron personajes encargados de cumplir con los parámetros característicos del romanticismo, como por ejemplo el Cardenal Richelieu (villano), Ivanhoe (héroe), la Reina Margarita (doncella), y otros que representan el global de los "tipos" literarios que para ese tiempo se utilizaban.

Los arrebatos sentimentales, las pasiones reprimidas, la venganza, la maldad por la maldad sin razón de ser, entre otras características, son conductas infalibles de los personajes de la novelística de este periodo, y aunque Sierra O'Reilly enfatiza el análisis psicológico de sus figuras para que el lector se introduzca en la mente de los personajes, no escapa al vicio del estereotipo romántico y continúa con esta fórmula de personajes "típicos".

Las figuras de Sierra O'Reilly tienen importantes funciones sociales que cumplir dentro de su comunidad, como por ejemplo, proporcionar al auditorio recomendaciones de índole moral, social y hasta política; efecto que la novela, en su calidad de medio conductor y transmisor de opiniones, puede proporcionar de manera idónea pues "la novela frecuentemente rebasa las fronteras de la especificidad artístico-literaria, convirtiéndose ora en una prédica moral, ora en un tratado filosófico, ora en una abierta intervención política" (Batjín, 1986:546). Aparte, quienes leen la obra deben reconocer a sus personajes, sus conductas, acaso identificarse con los mismos, y lograr eso que Umberto Eco y Georg Lukács llaman "fisonomía intelectual", que consiste en:

Aquel perfil que adopta el personaje, por el cual el lector consigue comprenderlo en todas sus motivaciones, coparticipar sentimentalmente en sus movimientos e identificarse con él intelectualmente, como si, en vez de una narración, tuviésemos entre manos un complejo tratado bio-psico-socio-histórico sobre dicho personaje. Salvo que, a través de la narración, comprendiéramos a aquel individuo (...) mejor que si lo hubiésemos conocido personalmente, y mejor también de lo que hubiera permitido cualquier clase de análisis (Eco, 1990:203).

Eco realiza una revaloración del personaje que es "artísticamente" creado, no el de los "tipos". Sierra O'Reilly es maestro de la tipología; sus personajes (aunque bien logrados en lo que a su conducta psicológica se refiere, su carácter está bastante definido dado que jamás se salen del esquema dibujado por su creador) no dejan de ser "típicos" y predecibles no sólo dentro de la literatura romántica sino, más aún, se vuelven "típicos" y recurrentes de los temas abordados por la creación literaria de Yucatán durante el siglo XIX.

Celia Rosado Avilés señala, por ejemplo, que la aparición de "el Gobernador" en la narrativa yucateca de entonces "es una figura obligada en todas las novelas, ya sea como protagonista o como personaje secundario" (1993:169). Así, la presencia de este personaje se ha vuelto "típica" en el sentido de que se encuentra vigente en la creación novelística de los yucatecos, debido a la continuidad con la que ésta es evocada en la literatura regionalista decimonónica. Además, recordemos que hay figuras en sí mismas "típicas" porque corresponden a los parámetros marcados por un patrón común de características y actitudes constantes en el desenvolvimiento de ciertos personajes que tienen funciones predeterminadas (como en el caso de la doncella débil y vulnerable que debe ser rescatada).

Pero además de la tipicidad tan presente en la novelística histórica de Sierra O'Reilly, otra de las tantas características que definen y enmarcan su obra es –como ya lo mencionamos– la utilización de los personajes “típicos” para transmitir información a su lector y entablar con él una comunicación más comprometida. Aquí, en palabras de Umberto Eco, el concepto de “tipicidad”: “no se plantea como categoría estética que atañe a la definición del personaje, sino que define cierta relación con el personaje, que se resuelve en una “utilización” o aprovechamiento del mismo” (1990:198).

Justo Sierra O'Reilly se vale de sus personajes para enviar recomendaciones furtivas a su lector; el análisis de las figuras del autor trasciende precisamente gracias a esta característica. Buena parte de la ideología liberal y romántica de Sierra O'Reilly se hace patente a través de sus personajes, algunos de los cuales estudiaremos a continuación, a efecto de conocer el contenido histórico, político, religioso y moral de los mismos.

En el siguiente apartado estudiaremos a “La mujer”, elemental figura de la literatura, no sólo romántica del siglo XIX (en su papel como heroína), sino especialmente en la creación novelística de Justo Sierra O'Reilly, quien a través del personaje femenino y las experiencias que suceden a las diferentes damas que se presentan en sus obras, sugiere la manera de proceder discreta y precavida que debe llevar siempre, para cuidar su buen nombre y evitar caer en tentaciones que sólo le acarrearían desgracias, problemas y desventuras.

La mujer en la novelística de Sierra O'Reilly

El de “la heroína” es sin duda uno de los más importantes personajes de la etapa romántica. La Carlota de Goethe en *Werther*, publicada por primera vez en 1776, es una magnífica ilustración acerca de la manera en que las mujeres eran representadas por esta corriente que las distinguía como algo divino y sublime. Goethe enloquece ante los encantos de la dama hechicera que se había vuelto su musa y martirio:

No pude resistir; me incliné sobre la mano de Carlota, se la llené de besos y de lágrimas de placer, y volvieron mis ojos a encontrarse con los suyos ¡Oh, noble poeta! Esta sola mirada, que debías haber visto, basta para tu apoteosis (1971:46)

Prohibida por algún motivo (en el caso de *Werther* porque Carlota estaba comprometida), idealizada, a veces perfecta e inalcanzable, la mujer del romanticismo, tuvo trascendental importancia, según Mirta Yáñez gracias a su doble función “no tan sólo como personaje narrativo, sino también como creadora-receptora de la literatura” (1989:113); opinión que se hace patente si tomamos en cuenta que, en el caso de la novelística histórica de Sierra O'Reilly, éste se dirige primordialmente al sector femenino:

No sé ¡mis lindas lectoras! Si habrá llegado a noticia de Vds. la severidad y escrupulosa rigidez de nuestros viejos paisanos del siglo XVII en materia, no de moral, sino de hidalguía y nobleza (El Museo Yucateco, 1841:391-392)

Uno de los retos más ambiciosos de los románticos fue la educación de la sociedad a la que pertenecían, llevando hasta ella aportaciones importantes de diferentes ídoles –postulados nuevos, filosofías liberales y de otras materias–; en el caso de Sierra O'Reilly la proyección de las ideas básicas para una buena moral, nociones acerca de la política de su tiempo y referencias históricas sobre el pasado de su comunidad eran quizá los mensajes más importantes que quería destacar. Así, la difusión de todo este cúmulo de ideas, expuestas a través del personaje, como parte de ese proyecto liberal de los americanos (recientemente independizados del yugo español), por conformar con sus propias raíces una identidad nacional, fue una de las estrategias para hacer llegar al público todas las aportaciones de los escritores de la época; no obstante, éstos utilizaron especialmente a las mujeres caracterizadas en las diversas historias de la corriente porque por lo general eran grandes lectoras, devoradoras de libros -siendo la literatura uno de los pocos medios de entretenimiento del siglo XIX-, razón

por la cual su “relevancia determina bastante la proyección ética, la selección temática, los diseños exteriores, las características generales, en fin, la novelística del siglo XIX” (Yáñez, 1989:113).

Configurada con los parámetros que la autoridad masculina le impuso, la mujer romántica se volvió fuente de inspiración y consumidora de la producción que ella misma contribuía a realizar. En su figura se depositaron los parámetros que identificaban a las “buenas” y “malas” mujeres. A través de la exposición de una dama digna de respeto parece aconsejarse a la comunidad femenina el camino correcto a seguir, éste dirigido, desde luego, por la mentalidad masculina, el cual se encargaba de que fuera precisamente una mujer la depositaria de la recomendación que éstos les referían:

Recaía sobre las protagonistas femeninas el mensaje ideológico clave de los novelistas románticos que correspondía (...), al típico momento del ascenso de la burguesía al poder. El reflejo de los prejuicios raciales, los cultos religiosos, la crítica de las costumbres, y otras contradicciones sociales, se apuntalaban en el tema del amor funesto, cuyo origen y razón de ser se centraba en el personaje de la mujer (Yáñez, 1989:114)

Una de las figuras más elementales de la novela histórica de Justo Sierra O'Reilly es la de la mujer; la esquemática heterogeneidad con que ésta se presenta llama la atención desde un enfoque comparativo entre las mismas. Destacan en su novelística los personajes femeninos interpretados por María Álvarez de Monsreal y Gorozica, María Altagracia de Gorozica y Sor Carlota, de *La Hija del Judío*; Conchita Mantilla, de *El Filibustero* y doña Felipa de Zanabria, de la novela que lleva el nombre de tal protagonista.

El contraste entre este tipo de mujeres puede catalogarse por los caracteres impuestos a las mismas por el autor, y quizá por la época romántica que a éste le tocó vivir, ya que con diferentes nombres y en distintos textos, las mujeres de su novelística cumplen ciertos parámetros que las catalogan en una clasificación respecto a su funcionalidad y rol, no sólo en la historia relatada o de la época a la que el texto hace referencia, sino que también se adecuan al tiempo de Sierra O'Reilly. De estas deducciones sugerimos la siguiente clasificación:

- a) La Doncella o Heroína: María Álvarez de Monsreal y Gorozica, María Altagracia de Gorozica, Conchita Mantilla y doña Felipa de Zanabria.
- b) La Matrona: María Altagracia y Gorozica.
- c) La Monja: Sor Carlota y doña Felipa de Zanabria.

Como puede notarse, algunos de los personajes se repiten en la catalogación debido a que en las novelas, en diferentes tiempos, llegan a establecerse en las distintas categorías expuestas. En el caso de María Altagracia en sus años mozos tiene la oportunidad de ser la doncella casadera, más tarde la matrona y luego “la nueva Judith”, como la llama el padre Noriega, encargada de dar muerte al Conde de Peñalva (el villano; en *La hija del judío*); sucede igual con Sor Carlota, quien antes de convertirse en una religiosa fue también una dama cortejada y centro de numerosas proposiciones matrimoniales hasta que decide tomar los hábitos, lo cual también se repite en el caso de doña Felipa de Zanabria, que antes de recluirse en el convento fue doncella distinguida de la alta sociedad yucateca de la época colonial.

Las mujeres de la novelística histórica de Sierra O'Reilly, a las cuales hemos clasificado de manera tan estructural en este apartado, son utilizadas para representar varios postulados de ese movimiento romántico-liberal, encabezado por la naciente burguesía, que buscaba formar un proyecto de identidad nacional. Ahora bien, el papel que desempeñan las mujeres al interior de la obra de Sierra O'Reilly, más que llevar ideas políticas o filosóficas al público, está encaminado a la regulación de la conducta, el cuidado de las buenas costumbres, en fin, de la moral; de ahí que los personajes femeninos más importantes de su obra atravesasen tan crueles experiencias, pues con sus trágicas experiencias y lo aprendido de éstas por parte de las protagonistas parece sugerirse a la mujer lectora un parámetro de conducta para que a ella no suceda lo mismo que a las heroínas de las novelas.

La dramática historia de La Hija del Judío, una bella joven que no puede desposar al muchacho que ama, por ser ella de sangre hebrea, maldita en la época en que se basa la obra, si bien no sugiere el desprecio hacia los judíos, sí enfatiza la situación tan grave en la que éstos se encontraban por el simple hecho de pertenecer a esta etnia/religión tan vilipendiada a lo largo de su historia. No obstante, en la obra se resalta la entereza de la joven María Álvarez del Monsreal, respecto a la aceptación de su destino, que aunque no estaba del todo contenta con él, pues más bien lo aborrecía, actuó estoicamente y se sometió a la voluntad de la Santa Inquisición recluyéndose en un convento:

- ¡La hija de un judío!- repetía consternada y en voz remisa la pobre María, sin escuchar lo que se decía en su presencia- ¡La hija de un judío! ¡Entonces esta unión es de todo punto imposible!

Dirigiéndose en seguida al Obispo, dijo alzando la voz con la mayor calma y gravedad:

- Señor: duélome de haber sido la causa involuntaria de lo que acaba de pasar, aunque al fin yo soy la víctima. Todo está claro para mí, y no debo vacilar en mi resolución. Yo pido pasar de aquí al convento ahora mismo (Tomo I, 1982:126)

No obstante, la heroína de esta novela no escapa a los designios que como mujer romántica tiene impuestos, pues pese a la entereza con que acepta su destino, las lágrimas no cesan a lo largo de la novela, con lo cual su caracterización de heroína cumple con los parámetros especializados de la época; María es frágil, sensible y mártir, la debilidad de la joven respecto a su fatalidad, su negativa a aceptar la suerte que le ha tocado vivir con sus continuas lamentaciones declaradas en secreto a Sor Carlota muestran claramente cómo la hija del judío incurre en los parámetros indispensables para ser la heroína romántica:

- Señora -dijo María después de haber enjugado sus lágrimas de dolor y amargura- es usted muy buena; pero soy la más infeliz de las criaturas, sin haber hecho de mi parte cosa alguna, que yo sepa, capaz de excitar la saña e indignación de mis gratuitos perseguidores (...) ¿De qué serviría la generosa disposición de usted tratándose de la hija de un perro judío, a quien (...)han obligado a encerrarse en este claustro para exigirle después unos votos , que en su conciencia ni puede hacer, a la santa majestad de Dios, que los rehusaría? (Tomo I, 1982: 329).

María, comparada con los paradigmas señalados por Mirta Yáñez, consume rigurosamente esas características de heroína romántica: “definir el origen aristocrático de la heroína -ya sea de nacimiento, de bienes o de espíritu-, en definitiva de propiciar la expresión de una inofensiva ‘superioridad’, estaba dirigida a sostener el mito de la reverencia al sexo ‘débil’, en el único terreno que estaba autorizado a ser válido: el amor” (1989:115).

La joven heredera de los bienes del judío, que en ningún momento deja de suspirar por su el muchacho al que tanto amaba, termina recibiendo una recompensa en pago a todos los menosprecios a los que fue sometida, pues al final de la novela consigue su más crecido anhelo: casarse con Luis de Zubiaur. Este premio se debió a que María, la doncella, era una buena y talentosa muchacha, ya que en la obra siempre se exaltaba su agradable comportamiento y trato cortés, candidez e inocencia. Jamás desobedeció las órdenes de quienes querían ayudarla y nunca demostró una conducta inapropiada a sus padres adoptivos, así como tampoco cometió falta alguna por la cual ameritase castigo, excepto, por ser la hija de un supuesto judío, nefasto desatino en el cual había incurrido sin quererlo, desearlo, ni mucho menos invocarlo.

Esta pena también la pagó la madre de María, María Altagracia de Gorozica, quien tuvo que lidiar contra el judaísmo que el Conde de Peñalva se había empeñado en infundar al esposo de esta nueva matrona ante la Santa Inquisición. Precisamente el día de su boda, cuando por fin cumpliría su deseo de contraer nupcias con el hombre que amaba, llega a la casa donde se oficiaba la misa, un recado secreto en el cual se acusaba al novio, Felipe Álvarez de Monsreal, de ser judío, acto por el cual la unión no debía llevarse a cabo. No obstante, la celebración prosigue y el matrimonio se consuma. Meses más tarde, una nueva infamia jefaturada por el Conde de Peñalva, enamorado de María Altagracia,

hace que lleven preso a Felipe ante el Santo Tribunal para ser juzgado por judaizante. Sin más ni más, el abogado de origen portugués es encerrado en las cárceles del Santo Oficio, para que purgara la pena que se imponía a los que eran de sangre hebrea. Llena de odio y rencor por las desventuras que sucedían a su esposo, de quien hacía mucho tiempo no tenía noticias, decide vengarse por cuenta propia del principal causante de sus desgracias, el Conde de Peñalva, a quien como explicamos antes, asesina de manera secreta.

Sobre esta hazaña, en la novela se escribe: “es muy justo que el Conde de Peñalva muera en manos de la virtuosa dama, a quien con más furor y encarnizamiento ha ultrajado. Cúmplanse los decretos de Dios y el fallo de la justicia humana. Ese perverso debe morir y morir hoy mismo” (Tomo I, 1982: 268). Pero, por más heroica que fuera su proeza, al fin y al cabo la matrona cometió un asesinato, había incurrido en un delito que no podía pasar impune por más secreto que fuera. Aunque no le dan públicamente castigo alguno por este homicidio, del cual las autoridades eclesiásticas no tenían pruebas contundentes como para recriminarle tal atentado, la nueva Judith expira como pago a su osadía, pues fallece horas después de que diera a luz a su hija María.

María Altagracia simplemente no podía sobrevivir porque no era adecuado para el mensaje que Justo Sierra O'Reilly quería hacer llegar a la sociedad, una asesina no debía pasar desapercibida, y así sucedió con la matrona María Altagracia, quien muere muy joven y que además en el momento del parto fue despojada de todas sus propiedades y lanzada a la calle debido, precisamente, a la acusación que pesaba sobre su extraviado marido, “obligándola a pedir de puerta en puerta un miserable alojamiento, que todos temían dar a la esposa de un judío” (Tomo I, 1982:280), hasta que don Alonso de la Cerda se ocupa de la matrona y decide auxiliarla en sus últimos días de vida, incluso contraviniendo las órdenes del Santo Oficio.

Otra desafortunada mujer de la novelística histórica de Justo Sierra O'Reilly, es la adinerada doncella Conchita Mantilla, de *El Filibustero*, quien ilusa e inocente como era, termina perdidamente enamorada del mayor enemigo que podía tener: Diego el mulato, el pirata que había dado muerte a su padre, pero quien la salva de ser ultrajada por sus propios hombres cuando éstos irrumpieron en la iglesia donde rezaba cuando el recinto fue invadido por los filibusteros. Conchita, casi desposeída de sí misma se entrega por entero a una pasión secreta a aquel hombre que la cargó en sus brazos auxiliándola de su muerte. Se enamora perdidamente del desconocido al que no vuelve a ver sino hasta tres años más tarde de que la rescatara. Cuando da con él nuevamente, decide huir a su lado en medio de la desolación -producto de los enfrentamientos entre los piratas de Diego y la guardia campechana- que el filibustero había causado en Campeche cuando invadió el puerto. Pero hasta ese momento ella no tenía ni idea de cómo se llamaba el sujeto que la llevaba, sólo después de que la rescatan del pirata que se hunde en el mar y le dicen que ese forajido con el que pretendía escapar era el asesino de su padre, se da cuenta de la falta tan grave en que había incurrido. Su mente débil no lo soporta y pierde la razón. Conchita enloquece por el shock de la noticia, por lo que termina recluida en un manicomio:

D. Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, capitán general de estas provincias, se hallaba en Campeche por el mes de marzo de 1676. Convidado por los religiosos de S Juan de Dios para que concurriese a la fundación de su Sto. Patriarca, fue en seguida a visitar a los enfermos, a quienes socorrió generosamente. Saliendo de la enfermería de las mujeres, se presentó a sus ojos un espectro, una anciana sucia, rota y desgredada. Al extender la mano el capitán general para darle su limosna, hizo la vieja un visaje horroroso y fuese huyendo hasta encerrarse en una pieza oscura, desde la cual gritaba -¡No, no, vos soís Diego el Mulato, y quiero huir de vos, asesino detestable! -¿Quién es esta desventurada? preguntó el jefe -Es, respondió el prior, una señora demente, hace muchísimos años: es Da. Concepción Suáres de Mantilla: y el religioso refirió la triste historia que saben nuestras lectoras. La infeliz era Conchita (Tomo I, 1841:317)

Cabe destacar una de las últimas oraciones del párrafo citado “historia que saben nuestra lectoras”. Con el castigo impuesto a Conchita y la advertencia de Sierra O'Reilly parece indicarse a las jóvenes lectoras que no deben dejarse llevar por sus pasiones, pues en un arrebató sentimental de este tipo

podrían tener tan funesto desenlace como el de la triste Conchita Mantilla. El amor de esta joven por elproscrito asesino de su padre, hace que la novela se llene de contrastes. Se repite la paradoja de Jimena, la esposa del Rodrigo Díaz, del Poema del Mío Cid. Conchita recibe una gran condena por su insensatez. Que la protagonista pierda la cordura y terminerecluida en un hospital para enfermos mentales dota a la novela -de la cual señala Sierra O'Reilly no se trata de "una leyenda toda histórica, casi hasta en sus más insignificantes circunstancias" (Tomo I, 1841:187)- de un matiz dramático, pues se enfatiza la intencionalidad histórica del texto, y con ello aumenta la posibilidad de que un evento así ocurra a alguna joven enamoradiza e imprudente que entregara su afecto a un desconocido.

La antítesis de la doncella Conchita Mantilla es sin duda doña Felipa de Zanabria, a quien su padre quiso casar sin el consentimiento de la joven, con un perfecto desconocido. En este punto se cuestionan los matrimonios arreglados. Doña Felipa no conocía a su futuro esposo, con quien debía casarse apenas unos días después de que su padre le informara que contraería nupcias. Molesta y ofendida porque su progenitor, imperativa, fuerte y tenaz como su padre, se enfrenta a él y le externa su desagrado y ofensa por tal acción. Don Alonso de Zanabria, determinante e incuestionable, hace caso omiso a las palabras de su hija. Ante esta actitud, doña Felipa se revela y en vez de casarse con un individuo al que no amaba y ni siquiera conocía, decide recluirse en un convento, contraviniendo la tajante orden de su padre, de quien se despide después de tomar los votos y no vuelve a ver jamás:

La profesora al retirarse del mundo para siempre, debía decir un adiós eterno a sus parientes y amigos. Un caballero embozado en un ferreruelo negro se acercó..... abre los brazos.... 'adiós hija adorada: siempre fuiste digna de tu padre.... yo te bendigo con toda mi alma.... ruega al Señor por mí' '¡Padre mío! ¡Idolatrado padre mío..... El maestro se había ya despedido para siempre de su hija Da. Felipa (Tomo I, 1841:116)

Semejante situación ocurre a Carlota, de La Hija del Judío, otra doncella convertida en monja. Carlota se enamora de Juan de Hinestrosa, pero descubre la falsedad e infidelidad de éste, por lo que decepcionada del mundo y de los hombres decide, al igual que doña Felipa, encerrarse en un convento:

- Yo, hija mía, he hallado aquí cuanto buscaba, y diariamente doy gracias a la Divina Providencia por los singulares favores que se digna dispensarme. Al principio, sólo pensé en vivir retirada sin ligarme con ninguno de los votos monásticos; pero la vida del claustro me presentó mil encantos y satisfacciones purísimas, que no todos pueden comprender. En el mundo y en el claustro se debe servir a Dios. Pero en el mundo, donde la inquietudes agitan, las ocupaciones distraen, el tumulto confunde, las relaciones cautivan, los ejemplos seducen, los bienes, por más caducos y perecederos encantan... ¡qué de obstáculos para servir a Dios! En el claustro todo conspira a él. Pronto me convencí de estas verdades importantes e hice todos mis preparativos para decir el postrer adiós a ese mundo corrompido (Tomo I, 1982: 347-348)

Resultan contrastantes las figuras femeninas -doncellas, matronas o monjas- expuestas en las diversas novelas de Sierra O'Reilly, pues en tanto que algunas son pasivas, indecisas y frágiles, como María Álvarez de Monsreal y Conchita Mantilla; María Altagracia de Gorozica, Sor Carlota y doña Felipa de Zanabria demuestran, por el contrario, temperamento fuerte y aguerrido, decisión y determinación llegada la hora de ejecutar alguna empresa. Cada una recibe su merecido dependiendo de las acciones que emprendieron a lo largo de su travesía. Por ejemplo, la hija del judío tiene feliz matrimonio con el amor de su vida debido a su buen comportamiento, obediencia y candidez; su madre en cambio, la esposa del judío, recibe la muerte como pago al asesinato que ejecutó con tal de vengar a su esposo y a la criatura que entonces llevaba en las entrañas. Conchita Mantilla constituye acaso el más severo de los ejemplos, pues su final es el más dramático: la pérdida del juicio y su encierro en un manicomio son, quizá, el peor castigo en el que Sierra O'Reilly pensó para condenar la imprudencia. Ahora bien, analizando las figuras de las monjas, son éstas más fuertes incluso que las matronas pues, indispuestas a seguir las órdenes determinadas por los hombres y a aceptar un designio que no

les parece, retan al futuro y antes que casarse con un individuo al que no aman, prefieren dedicar su vida a la santificación y adoración de Dios, completamente separadas del mundo exterior que tantas malas experiencias les había dejado.

Reflexiones finales

Las mujeres de la novelística histórica de Sierra O'Reilly son las más importantes depositarias de lo que se espera de una buena moralidad; su principal labor es promover las buenas costumbres: los personajes femeninos deben enseñar a sus lectoras los patrones de conducta que deben seguir si quieren tener un futuro próspero, decoroso y decente, y no caer, como Conchita Mantilla, en las trampas de un amor irreflexivo e insensato que puede llevarlas a perder la cordura. Sierra O'Reilly se vale de sus personajes femeninos precisamente para ilustrar a las damas y recomendarles tener mucho cuidado con aquellos que pretendan cortejarlas, y que si deciden entregar su amor a algún hombre, que se encarguen de verificar que éste sea el indicado. Pero para eso las elogia; ensalza al género femenino como hicieron muchos de los escritores de su época.

Nada hay más sublime, nada hay más poético en el mundo que la misión de la mujer. Ella lleva en su seno al hombre, le alimenta, el arrulla en sus brazos, le enseña las primeras y más dulces palabras, le acompaña en sus primeros pasos, desarrolla los primeros sentimientos de su corazón, es la imagen mas encantadora en su juventud, la esperanza mas halagüeña en la tormenta de sus pasiones, el consuelo de su edad madura, ella, por último, le atiende en sus enfermedades, es la inseparable compañera del lecho de muerte y después ella es también la única que llora constantemente sobre la tumba de los objetos que ama, y la que dirige humildes y fervientes plegarias por su felicidad eterna (El Museo Yucateco, Tomo I, 1842:77)

A pesar de los halagos, como puede apreciarse a lo largo de su obra, el autor recomienda la decencia, la prudencia y el cuidado de la buena moral y las costumbres para las mujeres yucatecas, las lectoras de El Museo Yucateco, El Registro Yucateco y El Fénix, periódicos cuyos editores se dirigían especialmente al género femenino, que era el que más consumía este producto literario e informativo. Los redactores deseaban cultivarlas porque en ellas se depositaba una función muy importante: eran madres o futuras madres y de ellas dependía, en buena medida, la educación de los nuevos yucatecos y mexicanos, en ellas recaía un importante segmento de ese proyecto de identificación nacional que los románticos querían consolidar, toda vez que la mujer se encontraba implícitamente subordinada a la acción del hombre, a quien trae al mundo, educa, enamora, consuela, e incluso llora.

Bibliografía

Abreu Gómez, Ermilo (1987) "Sierra O'Reilly y la novela", Justo Sierra O'Reilly, Cuadernos de Yucatán No. 5, Mérida: ICY.

Aldaba, Leticia (1993) "La novela y la historia: 'La hija del judío'", Tema y variaciones de la literatura 2, coordinador: Antonio Marquet, México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Batjín, Mijaíl (1986) Problemas literarios y estéticos, La Habana, Cuba: Editorial Arte y literatura.

Castro Leal, Antonio (1982) "Prólogo", La Hija del judío, Justo Sierra O'Reilly, México, DF: Porrúa.

Esquivel Pren, José (1975) Historia de la literatura en Yucatán (Tomo VIII), Mérida, Yucatán: UDY.

Eco, Umberto (1990) Apocalípticos e integrados, Barcelona: Editorial Lumen.

(1992) Los límites de la interpretación, México. DF: Editorial Lumen,

(1995) Interpretación y sobre interpretación. Cambridge: University Press.

Goethe, Wolfgang (1971) Werther, Navarra, España: Salvat Editores, S.A., Colección Biblioteca Básica No.10,

Lukács, Georg (1977) La novela histórica, México, DF: Era.

Peniche Vallado, Leopoldo (1987) "Sobre Justo Sierra O'Reilly" En: Justo Sierra O'Reilly, Cuadernos de Yucatán No.5, Mérida: ICY.

Rosado Avilés, Celia (1993) La novela histórica de Eligio Ancona: una literatura con múltiples campos de acción. Tesis de licenciatura, Mérida: FCA,UADY.

(1999) El Registro yucateco: canon y propuesta de la literatura yucateca. Tesis de maestría, Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones lingüístico-literarias.

Sierra, Carlos J. (1960) "Prólogo", Justo Sierra O'Reilly. Páginas escogidas, México DF: Ediciones de la UNAM, Biblioteca del estudiante universitario, No. 82.

Sierra O'Reilly, Justo (1986) Los Indios de Yucatán, Mérida, Yucatán:UADY

(1982) La Hija del Judío, México: Editorial Porrúa S.A., Colección Escritores Mexicanos No. 79 y 80.

(1841) Doña Felipa de Zanabria. En: El Museo Yucateco, Periódico científico y literario, Tomo I, Campeche: impreso por José María Peralta

(1841) El Filibustero En: El Museo Yucateco, Periódico científico y literario Tomos I y II, Campeche: impreso por José María Peralta

(1841-1842) Los Bandos de Valladolid En: El Museo Yucateco, Periódico científico y literario Tomos I y II, Campeche: impreso por José María Peralta

(1845) El Secreto del Ajusticiado En: El Registro Yucateco. Periódico redactado por una sociedad de amigos Tomo I, Campeche: Imprenta de Castillo y Compañía

Yáñez, Mirta (1989) La narrativa del romanticismo en América Latina, Cuba: Letras Cubanas, La Habana.